

A CAUSA DEL VIENTO

Me llamo Miguel del pozo, soy arquitecto, casado, padre de dos hijos, natural y vecino de Madrid. Un día, encontré en la finca de la playa unos manuscritos: la biografía de un galeote en tiempos del rey de España, Felipe II. Todo comenzó tres años antes: mi mujer y yo, auspiciados por el slogan del ministro de Información y Turismo Sr. Fraga, “Conozca España: es tan bonita”. Nos dispusimos a recorrer la costa andaluza de Cádiz a Almería. Subimos a Cerro Gordo para contemplar una bella panorámica: el mar mecía las olas con suavidad de nana y la limpieza cobalto del cielo alejaba la profundidad del horizonte. Cerro Gordo es un promontorio donde finaliza la sierra de Almijara, se desploma sobre el Mediterráneo labrando espectaculares acantilados, perfilados sobre calizas marmóreas. Su fondo marino, alfombrado por posidonia oceánica, explicó el guía, está formado por escarpaduras y grutas donde se refugia una flora y fauna autóctona. Lugar privilegiado para submarinistas por la temperatura y transparencia de sus aguas. Hacia el este, se asentaba una casa vieja, pero con cierta elegancia añeja. Lucía una pintada en el muro: “Se vende cortijo con diez marjales de chirimoyos”. Miré hacia donde se desplomaba el cerro sobre la playa: una sucesión de banales sembrados de árboles. Unos metros antes de alcanzar el mar, en una de tantas paratas, sobresalía un tejadillo de uralita. Frente a nosotros, otros montes, de menor envergadura, cerraban el semicírculo, abierto hacia el mar, que abrigaba a un pueblo de pescadores: casas humildes abigarradas al amparo de la torre de la iglesia. Se trataba de la Herradura, un anejo de Almuñécar perteneciente a la provincia de Granada.

Compramos la finca. Queríamos descansar del ajetreo de Madrid: pasear por parajes solitarios de montaña; bucear horas y horas, bajo las aguas templadas que se ofrecían a nuestros pies.

El tejadillo de uralita, protegía un espacio de apenas seis metros cuadrados, cerrados ambos lados por bovedillas, despejado el frente y al fondo el banal de tierra.

Este espacio lo utilizaba Nicasio, el aparcerero, para guardar los aperos de labranza. Por su situación tan cercana a la costa, decidimos ampliarlo para guardar lo relativo al buceo, al fueraborda lo custodiaban las barcas de los pescadores; y los artilugios que nuestros hijos acarreaban hasta la playa. Nicasio nos advirtió de la posible prohibición de obra, ya que estábamos en zona protegida. Nos animó a escavar el fondo a manera de cueva. Apenas retirados unos metros cúbicos de tierra, apareció la espelunca original: el resquicio destinado a hogar aún conservaba restos de ceniza: troncos quemados bajo las trébedes; despojos de un pobre mobiliario; trozos de arcilla decían de menaje; utensilios de hierro sin una abolladura. Dentro de una marmita se hallaban los escritos. “Cosas de moros”, sentenció Nicasio. Por aquellos lugares cualquier descubrimiento se achacaba a musulmanes; sin embargo, testimonios fenicios y romanos abundaban por doquier.

Con infinito cuidado analizamos, mi mujer y yo, el legado. El nombre de Felipe II nos ubicó en el tiempo. El que parecía el del autor: Miguel Pozo, nos sobresaltó. ¿Acaso mi familia sería oriunda de la Herradura y mi amor por estas tierras yacería en los genes transmitidos de generación en generación?

Ante la imposibilidad de descifrarlo, nos pusimos en contacto con Alicia Romero: filóloga, documentalista e investigadora sin tregua. Al confiarle el legajo, amarillento y mohoso, comentó: “Te lo devolveré transcrito al español actual. Intentaré captar el espíritu del autor, para trasladar su impronta y rellenar con ella lo que falte por la carcoma y las manchas de humedad”. Pasado un tiempo, nos devolvió estos folios que hablan de mar: uno duro que arrastra a la muerte; otro que resucita la vida; y de un hombre condenado a galeras.

TRANSCRIPCIÓN DE ALICIA ROMERO

Nací canijo, más muerto que vivo. Me crié tan enclenque, alimentado por buenas mujeres compadecidas de mi orfandad, que nadie apostaba un cuartillo de real por mi vida. Mucho menos que llegara siquiera a la pubertad. Pero cosas de la vida y del destino caprichoso, alcancé la mocedad. En la etapa de iniciada la edad adulta, cuando todos me daban por muerto, el destino volvió a hacer de las suyas: mire por donde surgi

de nuevo a la vida. Su Señoría no lo creará, pero un servidor de usted nació dos veces: la primera me parió mi madre, antes de desparramar su sangre sobre la paja que servía de alimento al asno escuálido que habitaba la cuadra. Era la festividad de San Miguel, por lo que con el nombre de Miguel me conocieron; sin apellido ya que nunca se supo quien fuese mi padre; con el de Madrid me asentaron en donde quiera que fuese lugar de oficio. La segunda vez, no frunza Su Señoría el ceño que por ese motivo le escribo, me trajo a la vida el viento de sudoeste. Pues sepa Su Señoría que yo era galeote en la galera “La Capitana” que comandaba el Almirante Señor Juan de Mendoza y Carrillo. Aquel nefasto día, no digamos del Señor, que más bien habría que decir del mismísimo Satán: diecinueve de octubre de mil quinientos sesenta y dos, no sólo “La Capitana” sino que veinticinco galeras de las veintiocho a cargo del susodicho Almirante Señor D. Juan de Mendoza, las estrelló el viento del sudoeste contra los acantilados, chocando unas contra otras de lo apiladas que se habían guarecido allí abajo, en la ensenada de la Herradura. Ahí mismo, si fuera posible que mirara Su Señoría hacia el mar. El viento que más parecía un huracán, se arremolinaba; soplabla con un furor que arremetía contra los barcos abarloados unos junto a otros, hasta destrozarlos o reventarlos contra los acantilados.

En estos últimos años pasan por aquí variedad de personas muy interesadas en los pormenores del naufragio. Los pescadores los dirigen hacia mí para que les explique lo que aconteció aquel día, ya que por mi edad obligadamente sería testigo fidedigno. Ellos me tienen como vecino del pueblo; se han acostumbrado a mi presencia, me consideran como hijo de estas tierras; me tienen por persona rara ya que prefiero el monte a vivir junto a ellos sobre la arena de la playa. No me faltan motivos para esta preferencia: si mi primera cuna consistió en un pajar, la segunda se debió a una oquedad entre las rocas donde una ola, de más de diez metros, no exagero a Su Señoría que aún, a pesar de tantos años de convivencia con los nativos, no he adquirido tal costumbre, me depositó allí: sobre un lecho de tomillo. Señoría, no únicamente presencié el naufragio, lo sufrí: fui zarandeado entre maderos, jarcias, toneles; cuanto se pueda usted imaginar dentro de un navío de guerra.

Usted se preguntará porqué un galeote vive entre el mar y la montaña. Cómo no me incorporaron de nuevo a otra galera. Le parecerá raro, pero cuando los hados

proyectan su sombra sobre un elegido, yo tuve esa suerte, cualquier explicación sobra, porque es el destino de cada cual el que se impone.

Quién me iba a decir a mí, pobre muchacho harapiento, que por el robo de una gallina, (no exactamente robo ya que la gallina, junto a otras cuantas, se escapó de la jaula al volcarse el carromato que la llevaba al mercado) perpetrado por Manuel, el hijo de la “señá” Engracia, la que me amamantó, acabaran nuestros huesos a manos del alguacil. Día aciago: por aquellos parajes habitualmente no patrullaban los “mangas verdes”; pero la suerte es como se le antoja. Usted, Su Señoría, me mandó a galeras por ladrón, vago, vagabundo y blasfemo. Ese término no entraba en mis entendederas, se habla como se oye a nuestro alrededor. No puede ser delito expresarse como nuestros mayores. A los otros cargos también se les aplicaron sentencia injusta: consideramos la gallina, no fruto de un robo, sino la justa recompensa por ayudar al campesino en la recopilación de tan escurridizos animales. Tampoco se ajustaba a ley lo de vagos: no se puede imaginar, Su Señoría, el trabajo que cuesta subsistir, al nacer en Madrid en una corrala de los arrabales. Sólo la proximidad al mercado, nos aportaba alguna ganancia con el acarreo hasta los distintos tenderetes. Para qué hablar de vagabundeo. ¿Acaso salir de la villa en busca de leña que la “señá” Engracia necesitaba para hervir unos huesos, que les habíamos afanado a unos perros bien lustrosos; o mirar por las charcas por si cogíamos alguna rana, no es estar en el tajo aquella mañana en que el frío helaba hasta el aliento? A Manuel, con domicilio, padre reconocido e hijo de viuda, le rebajó la sentencia, lo apañó con unos azotes. A mí, con la espalda encarnecida, no me libré de la azotaina, me mandó a Barcelona, a cumplir condena en galeras.

Llegamos los galeotes al puerto de Barcelona formando una cuerda de presos que en lugar de con soga, nos unieron con gruesas cadenas, que sonaban al desplazarnos con un chirrido augurio de penalidades.

Todo esto se lo cuento a Su Señoría para que sepa que no soy hombre de mar, nací y me crié en tierra adentro. Mi primer conocimiento del mar fue en Barcelona. Qué quiere que le diga...Aquello parecía una enorme balsa llena de inmundicia: basura y grandes manchas de brea iban a la deriva. Los barcos se balanceaban; añadían, a la algarabía de voces, el “choc-choc” producido al estrellarse el agua en sus costados. Se asentaban al borde de diques de madera que habían construido para su resguardo; para

facilitar la carga de hombres y mercancías, que arribaban allí procedentes de todo el mundo.

No puedo decir que no me impresionaran tantos barcos desarmados. Uno entraba a puerto con las velas desplegadas, con una majestad de quedarse embobado. Pero en aquel momento, deslomado vivo del traqueteo de tan largo viaje, con la angustia de entrever un destino incierto, lo que anhelé fue la sencillez del río Manzanares: la frescura de sus riberas, donde álamos y fresnos cobijaban espacios de yerba; donde Manuel y yo reposábamos de nuestros quehaceres. Esos remansos del río donde los peces se refugian y nosotros nos apresurábamos a rescatar. Era una pesca primitiva en la que privaba la rapidez de las manos: una lucha entre el pez y nosotros. No siempre ganábamos, pero siempre conseguíamos un almuerzo, amenizado por el ruido deslizante del agua entre las piedras. Acabado el yantar, con el cuerpo fresquito después de tan largo baño, nos tumbábamos sobre la yerba; notábamos el aire atravesar, mover las hojas del olmo negro, bajo cuya sombra nos dormíamos. ¡Ay, Señoría! Qué andanzas tan felices, aunque el hambre royera las tripas los más de los días.

Por estas circunstancias que le estoy diciendo, entré a cumplir condena, sirviendo a nuestro Señor el Rey Felipe II, cuya vida guarde Dios muchos años, en un bajel, de los que llamaban venecianos. Al Rey nuestro señor se los arrendaba el Dux de Venecia, poseedor de gran cantidad y que escaseaban en España. Su menor envergadura aumentaba la rapidez de maniobra y de desplazamiento, resultando idóneos para cubrir las funciones de correo, avituallamiento, o vigías. Como se puede figurar Su Señoría yo, hombre de tierra adentro, que nunca vi barco alguno, al contemplarlo junto a las enormes galeras, sentí como el miedo agarrotaba mis piernas. Si en aquello habríamos de partir, seguro se hundiría. No es que me merecieran más confianza los grandes barcos, es que al embarcar, el agua, bajo nuestros pies, bailoteaba.

Tenía ya por olvidados aquellos tiempos, que ahora me vienen a la memoria, porque por más y mejor que yo los cuente, nunca podrá imaginar sufrimiento semejante: aunque le enseñe las cicatrices que las argollas dejaron en mis tobillos; aunque los surcos de múltiples azotes los envuelvan los despojos de una piel anciana; aunque observase mis manos, y me mirase a los ojos, solamente vería eso: muescas que deja la vida.

Nos echaron en aquel barco de la misma manera que agregan un perro a la manada: que imitando sus movimientos, miméticamente los realizáramos. No era tarea fácil, se lo digo yo. Los bancos donde nos sentaron: largas filas partidas por la mitad; de manera que unas quedaban a la derecha, y otras a la izquierda: a estribor y babor, chillaban los marineros. Acomodarnos en ellos, arrastrando el peso de cadenas, con la prontitud requerida fue motivo suficiente para recibir los primeros latigazos. Allí no se andaban con remilgos.

Ninguno de los que formábamos la cuerda de presos, había visto en su vida un barco; ni mucho menos oído nombres tan raros. Nos acoplaron junto a veteranos; nos inmovilizaron sujetando los grilletes a las patas de hierro de los bancos. Ignorábamos el nombre de los palos ubicados a nuestro lado, ni cual su uso. Tenía hambre. Tenía sed. Tenía miedo. Extrañaba el sudor que me recorría todo el cuerpo, avivando el dolor de tanta llaga. Porqué sudaba si era invierno. Porqué no hacía frío, ni calor suficiente como para notar húmedos los cuatro harapos que pretendían cubrir mi cuerpo. Sentado en el banco, sentía los latidos del corazón como si corriese perseguido por un “mangas verdes” de los que nos arrestaron. Tenía hambre. Tenía sed. Tenía miedo y unas ganas de orinar que al reprimirlas, me hacía temblar todo entero. El que se sentaba junto a mí, veterano, soltó un chorro de meados como si tal cosa. El ruido al caer me liberó. Yo también solté mi chorro. Miré las salpicaduras en los tobillos. .“Es bueno para cicatrizar las heridas; si se emponzoña la sangre, sube la gangrena y te mueres”. Dijo el veterano con una forma de hablar que no recordaba haber oído. Poco más de un año después, intentaría aprenderla de forma apresurada. Aquella atardecida, sin más horizonte que permanecer tres años atado a un banco, sólo tenía ánimo para lamentar la triste situación en que me encontraba.

Esperaba la noche en el convencimiento de en cuanto estirara las piernas caería dormido, incluso antes de acomodarme; a pesar de los dolores que me acribillaban por todas partes. Al hambre estaba la barriga acostumbrada: no sería motivo de desvelo. Llegó la noche. El veterano agarró el palo que teníamos delante, como para servir de sostén a ambas manos, apoyó en ellas la cabeza, las piernas estiradas, la espalda corva; respiró con la plenitud que se duerme en un buen colchón de farfolla. Pasé la noche, ya se figurará Su Señoría, en un rebullir todo lo que el espacio y la postura me permitían. Observaba a los veteranos roncando o resoplando; mientras los recién incorporados sin

concebir que se pudiese pasar la noche en semejante postura. Aprendí que los galeotes forman parte integrante de un banco: el espaldar que les falta. Desde allí nos arrojarían al mar como un fardo, como una brazada de basura para alimentar a los peces.

Sin llegar a amanecer, unos hombres, no sabría decirle si marineros, pasaron volcando sobre la escudilla que nos suministraron al embarcar, un cacillo de potaje de habas; nos dieron, además, una torta de algo parecido a pan, bizcocho lo llaman, y un litro de agua. Intentar comer en las condiciones que nos encontrábamos, a cualquiera le parecería imposible. Ignora Su Señoría qué es el hambre. Comí a pesar del hedor que atoraba la nariz, que reverberaba por dentro de los huesos de la cara, se acoplaba hasta en la cabeza produciendo un dolor que dudaba de donde provenía: si del olor, las heridas, la postura de la noche; o si de que todo junto se unía para formar un nudo en la garganta que atragantaba la torta tan reseca. Bebí un trago largo de agua. El veterano me advirtió: “Es para toda la jornada”.

Con las claras del día se oyó una voz atronadora: “¡Soltad amarras .Levar ancla!”. Algo así; o parecido. Inmediatamente los veteranos adoptaron la misma postura. Intenté imitarla.

Como ya le he dicho a Su Señoría, el mar es una gran poza que ni mirando a lo más lejos se ve el fin; tampoco se ve el fondo: todo es agua. No conseguía explicarme cómo el barco se desplazaría sin algo duro en que apoyarse, ni bestias que tirasen de él. Sí había visto carros atravesar el Manzanares por vados; lanzarse río abajo, cáscaras de melón que arrojábamos si hubo suerte en afanar alguno; ramas de árboles y tantas cosas. Únicamente los peces remontan el río. Con el ciribulli que meneaba al barco hacia arriba y hacia abajo, cómo sabían en qué dirección iba la corriente si el agua no corría. El ajeteo de la marinería, las órdenes dadas a gritos con palabras nuevas que no comprendí, indicaban la inminente salida hacia un destino desconocido.

Si no sabe Su Señoría cómo se rema, ni qué es un remo, con hartos dolores lo aprendí aquella mañana: un remo es un palo de madera romo por un extremo, abierto a manera de pala por el otro. Al verlo funcionar me imaginé la rueda de un carro que se apoya sobre la tierra y avanza lentamente impulsada por bueyes, o a gran velocidad si por caballos. Los remos, se constituían en ruedas para el mar, por pericia de remeros que agarraban la parte roma e introducían las palas en el agua, arrastrándola hacia atrás,

con un movimiento parejo de espalda, todo lo que daban de sí los brazos; en ese punto subían el remo, avanzaban el cuerpo hacia adelante con el remo izado y volvían a introducir la pala. Un movimiento rotativo semejante al de la rueda, que forzaba avanzar al barco por el esfuerzo no de bueyes, ni de caballos, sino de hombres perfectamente conjuntados. Si un remero se retraía o no impulsaba al mismo ritmo que el resto, esa merma de esfuerzo recaía en el compañero de banco e inmediatamente recibía un golpe de grillete sobre el tobillo, la pierna o donde le viniera a bien caer. Los moratones y rajas se multiplicaban por mis piernas. Me sentía impotente: nunca conseguiría el compás que marcaba el tamborilero; o como nombraran al forzado que con un mazo en cada mano, conseguía que el pellejo tensado resonara por toda cubierta. Creí morir en medio de un mar que por la noche se envolvía entre tinieblas del cielo; y durante el día el sol abrasaba como un tizón incandescente. Me encontraba tan dolorido, tan extenuado, que ni fuerzas me quedaban para refugiarme en recuerdos placenteros de las correrías por Madrid.

Ignoro cuántos días o semanas pasaron en el estado semiinconsciente en que me sumí, sin que mi voluntad optara por esta situación: sólo quería morir, pero la juventud reclama sus derechos; el instinto de supervivencia se impuso para concentrar la energía que me quedaba en los movimientos automáticos del remo, en comer y dormir y defecar, perdida la condición humana: como animales de tracción que nuestro Rey, Felipe II que Dios guarde, necesitaba para mayor gloria de su reino.

Corría el verano del año del señor de mil quinientos sesenta y uno, había superado el final del invierno y la primavera en los que perdí las pocas carnes que traje de Madrid como único equipaje. Los harapos desaparecieron; me mostraba desnudo igual al resto de compañeros. Según se decía, el Rey, nuestro señor, debía proveernos de ropa adecuada: calzón, camisa y capote para guarecernos de la lluvia. No supe si cierto, o sólo chanza de marineros. La realidad es que la piel, expuesta al salitre y los rayos solares, adquirió aspecto más de pellejo de tambor que de piel humana.

Del tiempo en que permanecí como embotado, como si mi espíritu, huido de conocimiento, navegase por otros derroteros, dejando mi cuerpo asido a un remo que irremisiblemente debía dominar, para que la muerte no abandonase sus crespones negros sobre mi persona, sólo recuerdo la voz grave del veterano: “Cierra la boca para

que nada salga, ni entren miasmas”. Encajé la mandíbula, apreté los labios, me apoderé del remo con la furia de un poseso: aprendí a remar.

No le he dicho a Su Señoría, que el bajel en que cumplía condena llevaba tres cañones para defenderse si lo atacaban o para apoyar a galeras en escaramuzas y guerras. En esta singladura parecía dedicarse al comercio con escalas de puerto en puerto, después de jornadas sin ver otra cosa que mar y cielo. Mientras el sol mandara el más ligero resplandor, los galeotes no parábamos; por la noche eran las velas, que no se arriaban, las que impulsaban al barco; o continuábamos remando si imperaba la calma. Al principio, al oír la palabra vela, creí que las traerían de sebo como las que utilizaba la “señá” Engracia para alumbrar. Aquel día, no imaginaba para qué si ya el sol despuntaba. Como habrá observado Su Señoría, uso palabras raras, propias de la marinería. Es posible que yerre, no por mala sangre ni afán de confundirle, es que en mis cortas luces no entran tantas y variadas palabras. Si alguna vez se subiese a un barco debe entender que nada es igual a tierra firme. A saber: un carro tiene una parte delante y otra detrás. En los barcos la de delante se llama proa y popa la de detrás. Si remas en el lado izquierdo, eres remero de babor; si al derecho, de estribor. Pensará usted: “Qué más da”. No señor, porque los barcos navegan hacia adelante como avanzan los carros; también dan la vuelta. Cómo supone su señoría que da la vuelta un barco, por mano de los remeros: reman los de estribor, los remos de babor se alzan sin tocar agua: el barco se gira. Que se quiere para el otro lado: los de estribor alzan el remo y bogan los de babor; que si para detrás: se rema en sentido contrario. Todo esto, que parece tan fácil, una vez se sabe, no se imagina Su Señoría la de trancazos que se reciben al quedarse uno como alelado: sin comprender nada. Nadie explica nada. Somos chusma: carne de horca o de muerte programada día antes, día después. ¿Acaso importamos a alguien?

Navegábamos de aquí para allá: aquí se subía carga; allá se bajaba. Siempre el mismo mar. Lo único variable: el viento que ya se convertía en ligera brisa o se envalentonaba arremetiendo contra las velas que crujían como si fueran a descuajaringarse. Daba miedo el grosor de las olas, el silbido del aire, el ruido al deslizarse cualquier objeto que anduviese suelto. Según el humor del viento: los galeotes trabajábamos hasta la extenuación si la calma se asentaba; o nos dejábamos llevar por lo que empujaba con mayor brío.

En este trajín de mercaderías pasaban los meses recorriendo, como ya le he dicho, el mismo mar; y multitud de puertos con distintos nombres, donde se hablaban diversos lenguajes; sin embargo todo era territorio español. Menos una vez que situados en Nápoles, llegamos hasta Venecia: una ciudad donde las casas y palacios de los nobles flotan sobre las aguas como si de barcos se tratara. Permanecen quietas. A saber qué milagro las sustentan. ¿No había andado Jesús sobre las aguas? Desde allí fuimos hasta Cerdeña: mi primer destino. Primer lugar de mis penurias por el Mediterráneo, donde habría de iniciarse otra etapa de mi vida.

Su Señoría, persona de letras, sabrá del afán de nuestro Rey, Felipe II que Dios guarde, por tener la armada más poderosa del mundo. Nada extraño ya que, como se oye, domina no sólo el Mediterráneo, sino también *la mar Océana*. Para ello, no paran de fabricar nuevas galeras en astilleros del norte de España, en tierras vascongadas, se dice. Razón por lo que en Cerdeña se acumulaban barbaridad de ellas, además de carracas, bergantines, carabelas, galeones... No se puede figurar Su Señoría la variedad de barcos que forman la Armada española; cada uno con su nombre: Victoria, Trinidad, Santa María..., y sus características: que si sólo a remo, con cuántos remos y galeotes; a vela, o a ambas cosas. Que si con uno u ocho, vaya usted a saber cuantos cañones; y cuantas velas: la mayor, el foque... Cuando cumpla condena, me enrolaré como marinero para, subido en la cofa, descubrir horizontes lejanos, viendo hincharse a la escandalosa.

Una mañana, a diez galeotes nos relevaron de nuestros puestos, nos baldearon con agua de mar, nos dieron calzón y camisa, nos raparon a conciencia. Las cadenas seguían acopladas a los tobillos. Veía el rostro de los compañeros, más con cara de esqueletos que de persona viva. Bajamos a las chalupas. El que parecía mandar dijo: “Galeotes, vais a servir al Rey en la galera “La Capitana”. Noté un cierto optimismo recorrerme el cuerpo. Lo extrañé hallarlo vestido. Ausente de piojos y chinches, podía presumir que el nuevo destino sería mejor vida. Si Su Señoría no la conoce, se lo digo yo: el mismo potaje de habas, igual bizcocho, con arañas y pulgas si la travesía se prolonga; idéntica ración de agua y de postura: sujetos los grilletes a la bancada que me tocó.

Desde Cerdeña iniciamos derrota hacia el sur: veintiocho galeras con las velas desplegadas, como sabrá Su Señoría, al izarlas, a cada una se la grita por su nombre,

constituía un espectáculo tan grandioso que pocas veces verá ojo humano. Así lo habría previsto nuestro Rey, Felipe II que Dios guarde, para cuando arribáramos a costas africanas los sarracenos, anonadados por tan poderosa magnificencia, no osarían atacar las guarniciones de Orán y Mezalquivir; a cuyo socorro acudía esta escuadra, comandada por el Capitán General de las galeras de España, Almirante D. Juan de Mendoza y Carrillo.

El otoño se había iniciado con temperaturas suaves que se iban consolidando según nos acercábamos al cabo de Gata. Soldados y marinería celebraban las condiciones propicias del mar y los vientos. Se navegaba a todo trapo, a pleno remo. Por las noches, marineros y soldados confraternizaban jugando a cartas, bebiendo y emborrachándose, (ellos recibían, además de un rancho con arroz o garbanzos, un litro de vino) todo prohibido, pero realizado bajo una supuesta ignorancia de la superioridad. Lo mismo que no se permitían prostitutas a bordo; sin embargo, durante las escalas en los distintos puertos, la cubierta se llenaba con algarabía de mujeres. Esto se lo cuento para que se pueda imaginar el optimismo que se respiraba por aquellos días. Muy distinto al siempre lúgubre de las bancadas de los galeotes. Sólo las blasfemias igualaban o superaban a las vociferadas por la marinería y la soldadesca.

Se avistaba el cabo de Gata cuando el viento de levante, hasta ahora propicio, aumentó de fuerza; nada sorprendente para los marinos. La confluencia de los dos mares que dividen un cabo, acrecienta los vientos y las olas. Volábamos por el mar de Alborán. El Almirante, desistió de llegar hasta Málaga cuyo puerto, abierto a levante, no ofrecía garantías de seguridad. La bahía de la Herradura era idónea para guarecerse del temporal y reiniciar la marcha al aplacerse el viento. Estaba prevista una estancia de varios días en Málaga: pertrecharse de cuanto faltaba; recoger a mujeres e hijos de soldados que defendían las plazas de Orán y Mezalquivir. Las que viajaban a bordo: esposas de soldados que marchaban destinados a aquellos lugares.

Veinticinco galeras se arrebujaron al resguardo de Cerro Gordo y La Punta de la Mona. Las tres restantes: “Mendoza”, “Soberana” y “San Juan”, ignoro si por ir delante, equivocadamente se introdujeron en la primera ensenada que se les presentó: una pequeña conocida con el nombre de Berengueles; o si la mano caprichosa del destino las condujo hacia allí, para librarse del infierno que sufrimos los demás.

Se echaron anclas. Nos dispusimos a esperar en un descanso inesperado traído por el viento de levante. Mirábamos cómo los marineros arreglaban desperfectos de forma desabrida, derivada del mal humor de jefes que lamentaban el retraso de la operación. De buenas a primeras, sin que a nadie le pasase por la mente que sucediera, el viento roló hacia poniente. Un turbión negro se originó hacia el sur; avanzaba enroscándose con el que procedía del oeste y se introducía en la ensenada arrollando todo lo que pillaba por delante. El Almirante, D. Juan de Mendoza, que Dios tenga en su santa gloria, mandó libramos de cadenas. Qué se barruntaría él para dar semejante orden. Durante unos minutos permanecimos quietos: después de tantos meses soportando grilletes y una mínima movilidad, vacilábamos al dar los primeros pasos. Fue el tornado, palabra dicha por un galeote que navegó por mares del nuevo mundo, el que nos desplazó y zarandó. El palo mayor cayó sobre D. Juan de Mendoza. Los galeotes intentamos liberarlo, como él nos había sacado de una muerte cierta. Éramos peleles movidos a voluntad del viento que estrellaba unos barcos contra otros; los llevaba, como en volandas, contra los acantilados. Los gritos; los lamentos de tropa y marinería, el viento se los tragaba para vomitarlos sobre los restos de los buques destrozados. Las mujeres abrazaban a sus hijos e intentaban refugiarse bajo techumbres que instantes después se derrumbaban. Marineros, sirvientes, mujeres, niños, soldados, todos agarrados a lo que flotaba, intentaban ponerse a salvo. Los galeotes, sin impedimenta de ropajes, lo tuvimos mucho más fácil.

No había fuego, pero el infierno no podría presentar peor cara. En semejante confusión, en el caos de tanto destrozo, de tanta muerte, una ola me depositó entre un marasmo de maderas y cabos: allí me esperaba la muerte. No es que lo pensara, es que tanto derrumbe me circundaba, que no podría salir de allí. Pero cosas de la vida y del destino del hombre, aquella casi balsa se arrimó al monte, y con la fuerza que da la desesperación me agarré a una roca. El viento, que soplaba de sudoeste, empujaba hacia el este, hacia La Punta de la Mona. Inexplicablemente yo estaba encaramado en la vertiente este de Cerro Gordo. Trepé y trepé hasta que el agotamiento me derrumbó en una oquedad. Ya sé: Le dije a Su Señoría, que suavemente me depositó una ola en un lecho de tomillo. Cosas que se dicen.

Con las piernas y las manos desolladas, amanecí o nací, el día veinte de octubre, del año del Señor mil quinientos sesenta y dos. Me desperté bien entrada la mañana.

Hasta la especie de corcova que me encontraba, subía un clamor difícil de distinguir: gritos y golpes se confundían. Acurrucado en tan íntimo espacio, miraba al sol casi en el cenit de su recorrido. La ropa que me cubría estaba seca, como también reseca la sangre que manchaba camisa y calzones. El agotamiento me impelía a continuar en ese estado de duermevela, por donde se deslizaban las horas. Tenía hambre. Tenía sed, pero el miedo se había esfumado de mi mente. A pesar de la postura incómoda, de saberme medio suspendido en mitad del cerro, una sensación de paz me obligaba a quedar al margen de los ruidos que subían desmembrados.

Casi anocheecía cuando me incorporé extrañado de que entre el marasmo de ruidos, no distinguiera el rugido de las olas. El viento estaba en calma. Sobre la superficie del mar, montones de cadáveres entremezclados con restos del naufragio, flotaban. El mar avanzaba hacia un espacio abierto entre las montañas; luego retrocedía dejando un reguero de espuma. Miraba aquel prodigio extasiado. Si se producía un boquete en una poza esta se derramaba sobre el río. Aquí, el mar llegaba manso, como arrepentido del estropicio que había originado, y se retiraba mucho antes de llegar a las casas; muchísimo antes de alcanzar los montes que se veían a lo lejos. El ir y venir de las olas me cautivaba; me impedía mirar hacia el montón de muertos que se apilaban cual pira funeraria. Al verla me estremecí de dolor e intenté hacer señales para alertar de mi existencia. Alce la vista, aún conservaba su agudeza gracias al consejo del veterano: “No te toques los ojos o te quedarás ciego”; pescadores del pueblo y multitud de soldados, provenientes del castillo de Almuñécar, auxiliaban a heridos. A lo lejos, la figura inclinada de un soldado sujetaba con cadenas a un hombre casi desnudo. Me quedé paralizado. “Huye” le oí decir al veterano al vernos libres sobre cubierta. No me deseó suerte, ni algo parecido, únicamente dijo: “Huye”. Volví al agujero. Esperé la noche, repté cerro arriba como una alimaña; como tal busqué escondrijo entre matas de tomillo, lavanda y romero. Por el día vivía agazapado, protegido del sol por pinares piñoneros y lentiscos. Conejos, ginetas, erizos marinos correteaban por allí; y cernícalos y petirrojos. Cazarlos estaba al alcance de mi mano; pero sin yesca para asarlos, no me servían para nada. Comí camaleones; cuanto insecto se puso a mi alcance. El río Jete que recorre el cerro hasta la desembocadura, me proporcionaba agua para beber, para refregarme con lavanda y curar las heridas.

Y pasaron los días. Una amanecida vi llegar hasta las márgenes del río una manada de animales parecidos a las cabras. Avanzaban con la dignidad que su libre albedrío les confería. Mientras yo, hombre libertado, me mutaba en materia de tan desapercibido como pasaba. Quise emularlas: saltar tras ellas, libre, de risco en risco; olvidarme del mar que tan mal me había tratado; borrar la imagen de una playa llena de cadáveres, de la incertidumbre de volver a ser apresado. Corrí erguido, con la majestad que las cabras me otorgaron. El sol se filtraba entre los pinos; mis piernas azotaban las hierbas: el olor a tomillo y romero saturaba mis pulmones ahítos del aire fresco de la mañana. Encima de una peña una cabra oteaba el horizonte: las ubres hinchadas se destacaban como espejuelos; sentí sobre la cara el hálito cálido de la leche. Me acerqué al río como si fuera el Manzanares, agarré un pez escurridizo de piel moteada. ¡Qué banquete, Señoría! Aquello sí era buena vida. Al llegar la noche me tumbé panza arriba satisfecho de tenerla tan llena. Descubrí el cielo. Usted, Señoría, tampoco habrá mirado nunca al cielo: para qué si no amenaza lluvia ni está nublado. Los marineros decían que son las estrellas quienes guían a los barcos. Nunca los creí; menuda tontura. Mirar la cantidad de estrellas y la luna que se va desplazando entre ellas, como si fuera su reina, embelesa tanto como escuchar el ir y venir de las olas. El río también arrulla. En aquella soledad añoraba al que me había adormilado durante tantos años.

Debido a que a pleno sol la pesca me era factible, en que la lejanía del pueblo me daba seguridad, pensé que habitaría por siempre en la profundidad del monte, aunque anhelase hacerme a la mar en una de las barcas que faenaban por la noche bajo el silente resplandor de la luna. No podría asegurarle que tanta soledad fuera buena vida; pero manteniendo en la retina los montones de muertos, de ahogados que la marea arrastraba hasta la playa, no le extrañe que me considerara feliz oyendo el eco de mi voz, sintiendo deslizarse el río entre mis piernas mientras ocupaba la mañana en la captura del alimento del día. Poco dura la felicidad en casa del proscrito. Me la robó una jauría de perros. En Castilla se prohibía la caza con armas. Disparos de pedreñal, hasta arcabuzazos resonaban apenas a dos pasos de donde contemplaba las estrellas. Si ellas guiaban los barcos, por dónde, entre la barahúnda de puntos brillantes, surcaba el cielo mi vereda: destinado a morir cual alimaña abatida en lo espeso del monte; o de inanición alejado del río, sin huevos de pájaros y los bichos aletargados en el tenebroso invierno que ya debería haber llegado; pero, como tantas otras cosas extrañas, el cálido otoño seguía acumulando las hojas amarillas que me servían de lecho.

Continuaba el lento paso de los días. Noches tras noches flotaban en el cielo unas llamaradas: subían y bajaban; aumentaban o disminuían. Fuera cosa de brujería, o de lo tanto desconcertante que me acaecía desde que salí de Madrid, que me arriesgué a descubrir la causa del fuego: en el extremo sur del cerro se alza un torreón vigía. En la cúspide, las llamas se retorcían no de manera natural: alguien, ayudado por trapos húmedos, las volteaba a voluntad. Miré a este y oeste: también se ubicarían sendas torres, pues se apreciaban llamaradas como suspendidas en el aire.

Junto al torreón se asentaba un amplio huerto; a pocos metros un cerdo hozaba en el barro, formado por las escurriduras del agua del pozo. Pruebas evidentes de que lo habitaba el torrero que emitía las señales. Debí huir; pero a la escasa luz que emitía la luna en cuarto menguante, las naranjas resaltaban, me atraían anulando cualquier sentido de seguridad. Alcancé tres y de la besana, una berza. Corrí despavorido a la guarida. Qué felicidad, Señoría. Devoré la cáscara, después los gajos; me lamí las manos, los dedos y el antebrazo por donde el jugo resbalaba. Esperé la luna nueva. Orientado por el sentido de supervivencia llegué al huerto. Tropecé con una gran piedra al pié del naranj; apenas se veía. Desconcertado la tacté. Alguien puso encima un perol y una cuchara. Allí mismo, sentado en la piedra, comí un potaje de garbanzos con trozos de carne, con un ansia acorde al tiempo que llevaba sin probar bocado humano. A la noche siguiente cogí dos naranjas y dejé en la piedra un conejo desnucado.

Con luna creciente, azuzado por el festín de otro posible potaje, pero asustado por si fuese el cebo con el que me atraparían, llegué reptando al claro del bosque. Un hombre paseaba: la luz del candil denunciaba su presencia. A pesar de tan escasa visibilidad, el hombre descubrió mi andar receloso. Gritó: “No te preocupes, no soy amigo de alguaciles ni soldados. Ven a comer”. No se inmutó ante mi aspecto asilvestrado: los ojos desorbitados, luengos el pelo y la barba, mi extrema delgadez... Dijo llamarse Ambrosio López, El Torrero. Miguel de Madrid iba a contestar, pero Miguel de Madrid había muerto el diecinueve de octubre. Miguel Pozo alcancé a decir dubitativo. Lo veía con el caldero y la soga sobre el brocal. Después me entró el reconcome de si elegí bien: de pelo negro, piel morena, acentuada por la intemperie, con apellido de ascendencia musulmana o judía, me perjudicaría a la hora de integrarme a la vida ciudadana.

Fue el amigo fiel hasta que la muerte nos separó. Compartimos soledades. Una noche, propicia a confidencias, narrándole mi desventura con las gallinas masculló: “Algo más habría, digo yo”. Yo callé.” ¿Acaso me iba a dejar cazar como un conejo? Él, no insistió. Aprendí labores de hortelano; el significado de las señales de humo, si de día, o de fuego si de noche; a su lado troqué mi acento por el típico andaluz de aquella zona. Cuando consideró que la búsqueda de fugitivos había acabado, me incorporó al pueblo como el pariente marinero que vuelve del nuevo mundo.

Dese cuenta Su Señoría, de la buena gente que me protegió y ayudó en la travesía del destierro. ¿Tal cantidad de hombres le urgían a nuestro Rey, Felipe II que Dios guarde, para que por tan leve culpa, me impusiera tan dura pena? Pero como ya le he dicho otras veces, el destino se vale de su poder caprichoso: mire por donde encontré, en este pueblecillo perdido en el mar Mediterráneo, el oficio de pescador, la amistad de vecinos; el amor de Josefa, la nieta de Ambrosio.

Con el petate de uno de los hijos de Ambrosio, desaparecido o muerto en los tercios de Flandes, arribé una mañana a La Herradura como si viniese desde Málaga. Los primeros días de mi estancia en el pueblo, me arrimé a la banda para sacar el copo del mar. Como prestación, recibí una almorzada de pescado. La tarea de pescador me la explicó Ambrosio, mientras veíamos a los pescadores a la luz de la luna, faenar mar adentro. De remar sabía de sobra; aunque en estas barcas pequeñas, los pescadores manejan dos remos; uno en cada mano. Lo demás no se diferencia de lo que realicé durante más de un año. El manejo de una sola vela carecía de misterio. Como si corriese por mis venas herencia de pescador, pronto me asignaron lugar en la barca de Bernardo El Cojo. Sabrá Su Señoría que en el pueblo ni importa, ni se conoce apellido: sirve para papeles. A mí me asignaron El Callao. Con este mote se reconoce también a mi mujer e hijos. Lo aclaro por si se acercara por aquí.

Este es un pueblo azul: azul el cielo, azul el mar. Lo importante de cada día se inicia al anochecer: en el momento que las barcas se adentran en el mar. Si está en calma y la luna llena esparce luz, se boga con la satisfacción adelantada de buena pesca. El patrón dirige la mirada hacia donde, desde la tarde, revolotearon gaviotas. Es verano. La brisa apenas riza la superficie marina. El ruido acompasado de los remos, el leve trepidar de la vela se adentran en el agua, donde el anunciado banco de sardinas se

desplaza, con cortejo de boquerones, jureles, chanquetes, morralla, pescadillas..., ajeno a unas redes que lo cercarán y llevarán hasta la costa.

Más allá del cabo Sacratif, el fulgor anaranjado de la salida del sol compite con la luz plateada de la luna. Es momento de recoger la red, de arrastrarla hasta la playa donde ya los hombres, maroma en mano, esperan. Es una pesquera de supervivencia: de arrastre la llaman. Pocas veces el copo lo compone una sola especie: entra en la red lo que encuentra por el camino. El patrón nos paga en especie; según el volumen de la pesca, rebosará o no, el caldero que portan las mujeres.

A horas tempranas. A la entrada del pueblo, junto a la posada, los acemileros montan tenderetes con productos que junto al mar no se producen. Es un mercado donde no se utiliza apenas el dinero: una brazada de pescado por un cuartillo de arroz, de garbanzos o de harina; el vino y no digamos un pellejo de aceite, necesitan un caldero. Vienen las acémilas cargadas; colmados de pescado los serones, marchan veredas arriba camino de las alquerías que salpican las sierras cercanas. Las berzas se cultivan en los huertecillos que cada vivienda tiene al amparo del salitre. Es una tierra bendecida: lo que se siembra crece, se multiplica sin apenas regarlo, con el relente de la noche y la templanza del día es suficiente.

Durante el verano la mar se muestra siempre generosa; revientan las redes, que por las tardes coserán las mujeres con hilos de cáñamo. Sobre abunda el pescado que conservado en salmuera, arte que dejaron los fenicios, o engarzado en cordel y secado al sol, *espichá* lo llaman, proveerá para los días que las barcas queden varadas por mor del mal tiempo.

Por lo que le voy narrando, verá Su Señoría cómo es mi vida: toda la llena el mar: el poniente que dificulta la pesca uno o tres días, siempre impares, que si sorprende en mar abierta, en una de esas rebeliones inesperadas, veo los acantilados como si me atrajesen, como si mi destino estuviese allí y solamente se hubiera demorado un tiempo. Luchamos con esa fiera embravecida que levanta olas marrones: anuncio de tierra de cementerio. Sobre el túmulo de mi cuerpo una cruz dirá mi nombre, si el mar tuvo a bien deshacerse de mí. Si me dejara en sus entrañas, la cruz desvelará que una vez habitó esta tierra un pescador del que sólo perdura el nombre. Luego están las tumbas con cruz y sin nombre: los que arroja el mar, los que aparecen en el rebalaje mecidos

por olas inocentemente azules. En ese espacio del cementerio se encuentra la chusma: los anónimos marineros y soldados que perecieron en el desastre que me trajo a la vida.

Después de la tormenta viene la calma: los dulces días que miras al mar como un espejo en el que ves cómo pasa la vida, cómo crecieron los hijos; de los ocho que alumbró Josefa, me queda Carmen. El primero, nada más nacer: “angélico al cielo, ropica al arca”. A tres se los llevó la miasma que se encierra en la barriga, por más que cagaron no consiguieron expulsarla; a otra, la que se aloja en la garganta hasta que la ahogó; los dos varones, que me acompañaban, ya pescadores, pasaron por el pueblo soldados para reclutar jóvenes: nuestro Rey, Felipe II que Dios guarde, se había enfrascado en una guerra contra los ingleses. A tierras tan lejanas se marcharon. No han vuelto.

El levante iza la paz donde la nostalgia adormece: un viento que desde que se inicia, augura copos rebosantes. Ese balanceo sobre las amplias olas azules, ese dejarse llevar por la vela, hasta llegar al punto que marque el patrón. Pasan las olas, pasa la vida en la faena. Se van muriendo los viejos, luego los mayores; los de mi edad, todos han muerto.

Hoy es domingo. Las campanas de la parroquia repican a misa: tres toques a intervalos regulares. Desde la atalaya donde me encuentro, a la puerta de la casa-cueva que habito desde la muerte de Josefa, veo a las mujeres salir de sus casas para dirigirse a la iglesia, envueltas en pañolón negro que no solamente significa luto, sino también costumbre, posiblemente heredada de las moras que durante tantos lustros ocuparon estas tierras. La mañana no es plácida: el viento de oeste fustiga los pañolones donde las mujeres se arrebuja. Sábanas tendidas a secar, revuelan en la lejanía de azoteas. Aquel diecinueve de octubre que me persiste siempre en la memoria, lo señala el almanaque como miércoles, festividad de S. Pedro de Alcántara.

Hoy es diecinueve de octubre. Señoría, llevo escribiéndole desde ha mucho tiempo. Usted no lo creerá: aprendí cuando la *señá* Engracia vivió como barragana de un clérigo, a fuerza de pescozones y tirones de orejas. Empecé en esto de escribirle para que empapado de tanto sufrimiento, se arrepienta del mal que hizo al mandarme a morir como galeote; separarme de las personas que me querían. Ahora miro hacia atrás, escucho al mar, que a mis pies, lo revuelca el viento de poniente; siento que la inquina,

que los muchísimos males que fervorosamente le deseé, los ha varado el cálido viento del sur. Su Señoría ya habrá muerto. Yo espero que una de estas atardecidas, al huir el viento serenando la marea, oiga como se acerca la barca del pescador, para llevarme más allá de la bruma que cierra el horizonte.